

Más allá del horizonte

Una novela de

Purificación Estarli

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Título original: Más allá del horizonte

Copyright © De Librando Mundos

Copyright © Purificación Estarli

Calle Nardo 53, Soto de la Moraleja, Alcobendas. Madrid 28109

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-9447773-3-1

Colección PLUMAS DE ACTUALIDAD para Librando Mundos

Depósito legal: M-40562-2015

Nº Registro: 1406121222021

Diseño de cubierta: M^a Jesús Gonzalez Matarrubia y Manuel G. Tristante

Diseño y maquetación: agencia autores

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios y, por lo tanto, cualquier parecido con personas en la vida real es pura coincidencia.

A todos los que luchan por sus derechos.

*No me llames extranjero, tu trigo es como mi trigo,
tu mano como la mía, tu fuego como mi fuego,
y el hambre no avisa nunca, viene cambiando de dueño.*

Fragmento del poema *No me llames extranjero*

(Rafael Amor)

«Me dijeron que allí, más allá del horizonte, se vivía mejor.

Yo les creí.»

Said Salek (protagonista de *Más Allá del Horizonte*)

Noviembre de 2011

Vuelo regular con destino a Costa de Marfil

El reloj de la oficina marcaba las doce menos cuarto de la mañana cuando a Paco Benítez le chicharreó el móvil con demasiada insistencia. Llevaba desde las ocho concentrado en un centenar de informes sobre documentación y asesoramiento jurídico a los inmigrantes, y aquel brusco ruido lo sacó de golpe de su ensimismamiento.

Barajas. 04:30h de la mañana. Repatriación de inmigrantes. Destino: Costa de Marfil, apareció escrito en su móvil.

Sabía que tarde o temprano ese día llegaría, lo que no se imaginaba es que aquello de «¡Aquí hay que estar preparado las veinticuatro horas de los trescientos sesenta y cinco días del año, Benítez!» que le soltó el inspector Segura el primer día que puso los pies en la Unidad Central de Madrid, iba tan en serio.

Cuando solicitó el traslado desde su puesto de policía en Las Palmas de Gran Canaria a la Comisaría General de Extranjería en Madrid por movimiento interno supuso que aquel cambio le vendría bien, pero desconocía la Unidad a la que lo destinarían finalmente. En la Unidad Central de Expulsiones y Repatriaciones (UCER) era un hecho que tendría que viajar más y la jornada laboral, por tanto, sería más larga pero eso, cuando conoció finalmente que su destino era, precisamente, la UCER no le importó demasiado, se podría decir incluso que era un punto a su favor: tendría menos tiempo para estar solo y se ganaría un dinero extra que, dado su nuevo estado civil, le vendría fenomenal.

Cuando Pilar y Paco decidieron separarse lo hicieron sin más, sin traumas ni sorpresas, ni tampoco rencores. La situación familiar era rara, una especie de nube negra repleta de rutina parecía flotar en el ambiente desde hacía bastante tiempo, algo molesto, sí, pero ninguno de los dos movía nunca un dedo para eliminarla. La monotonía y la desidia que contenía esa nube de mal agüero hicieron bien su trabajo y, finalmente, llevaron a cabo el proceso de separación de mutuo acuerdo.

Había pasado ya un año de todo aquello, unos cuantos trámites administrativos y muchos quebraderos de cabeza y, por fin, ya estaba instalado en su piso alquilado cerca de Barajas, con un nuevo puesto de trabajo y a horas de emprender el que sería su primer viaje como escolta de algún inmigrante.

Paco Benítez, se plantó en el aeropuerto a la hora indicada, casi sin dormir. Tenía que ir vestido de paisano y no podía llevar ningún tipo de equipaje, únicamente un chaleco reflectante que le sería entregado en el mismo aeropuerto —según el Protocolo General de Seguridad y Vigilancia a bordo que tantas veces leyó y relejó y que esa noche volvió a repasar para tenerlo fresco—, y la documentación en regla (pasaporte, Certificado Internacional de Vacunación y el visado).

Al llegar a la terminal T4 se dirigió a un puesto de seguridad aeroportuaria, se identificó y lo condujeron a una sala donde le estaba esperando el inspector Segura con cara de pocos amigos.

—Creo que ya me conoce, soy el inspector Segura, el Jefe de este Operativo —dijo antes de que Paco terminara de entrar en la sala—. ¡Cierre y siéntese! —ordenó inmediatamente después, dándose la vuelta.

Con esa sería la tercera o la cuarta vez que Paco veía al inspector Segura en todo el tiempo que llevaba en Madrid. Un hombre poco cercano y bastante introvertido, aunque dejaba entrever una vida privada poco familiar porque se rumoreaba que se

pasaba todo el día en la Comisaría General y que incluso había quien lo había visto quedarse a dormir en ella. No se dejaba caer mucho por la Unidad de Expulsiones pero las veces que lo hizo llegaba siempre desaliñado, con manchas aceitosas en los pantalones y aspecto cansado.

Pues bien, allí estaba el inspector Segura, con su prominente barriga, vestido de paisano y con la misma descompostura de las veces anteriores, dándole a Paco Benítez las primeras órdenes del día.

Entró y cerró la puerta. La sala era pequeña y fría. En ella solo había una mesa de madera en el centro, sobre la cual había una carpeta de cartón azul, y cuatro sillas colocadas junto a la pared con los asientos y los respaldos de plástico negro contrarrestando el blanco níveo de las paredes y de la luz artificial. Cogió una de las sillas y la acercó a la mesa donde ya le esperaba el inspector acomodado en una de ellas.

—Sé que es su primer viaje, no hace falta que disimule su nerviosismo, llevo muchos años en la Unidad —comenzó mirándolo con indiferencia y superioridad—. En este tipo de “trabajillos” considérese... ¿cómo le diría?, ¿un mero transportista?, eso, un transportista sería la palabra adecuada, pero en lugar de trasladar muebles o refrescos de un lugar a otro, va usted a embalar y transportar a hombres —dijo fríamente con una sonrisa en los labios.

“Embalar”, “mero transportista”, sus palabras destilaban petulancia y un desagradable tufillo a displicencia.

—Perdóneme, inspector Segura, creía que mi trabajo era servir de escolta de personas que van a ser expulsadas a sus países de origen o a un tercer país de tránsito.

—¡Vaya! ¡Un listillo! —El inspector Segura soltó el bolígrafo que tenía en las manos y se acomodó sobre la silla—. Ya veo que tiene usted muy reciente los casos prácticos que le obligaron a hacer en los cursos de formación. Pues bien, ahora le toca el

turno a las prácticas, a la realidad de su trabajo. Así que no me toque usted los cojones que aún no ha amanecido.

El inspector Segura abrió la carpeta y comenzó a darle a Paco las instrucciones pertinentes de lo que iba a ser la operación de expulsión de dos inmigrantes subsaharianos desde Gran Canaria hasta Costa de Marfil. Se trataba de una expulsión individual, en un vuelo comercial que partía desde Las Palmas de Gran Canaria con destino al aeropuerto de Abidjan, por lo que las medidas de seguridad serían especiales.

—En el aeropuerto de Las Palmas nos estará esperando el resto del dispositivo con los dos expulsados, un médico y un ATS. Aquí —dijo señalando la carpeta de cartón azul—, llevo los documentos de los dos inmigrantes, sus certificados médicos y todo lo referente a su situación jurídica. Ya sabe de lo que le hablo, ¿no? Seguro que habrán pasado por sus manos muchos informes de este tipo.

Paco se inclinó sobre la mesa y miró la carpeta para cerciorarse de ello, pero en seguida el inspector Segura con un rápido movimiento de muñeca la cerró de un golpe.

—Estos no —aseguró—. Estos fueron enviados ayer por la tarde por fax procedentes de la Oficina de Extranjería de Las Palmas de Gran Canaria. Por cierto, es usted canarión, ¿no?

—Así es. Llevo en Madrid poco tiempo, unos cuatro meses, me vine...

—Bueno, bueno —cortó la explicación levantándose brusca y torpemente de su silla—, no me cuente ahora su vida que nos espera un largo viaje. Ya me lo contará por el camino, aunque... —volvió a mirar a Paco con aires de superioridad— hay que ser gilipollas o tener unas poderosas razones para cambiar la estupenda temperatura de su tierra y su tranquilo puesto como policía en ella y venirse al frío Madrid y a la UCER.

—Como usted ha dicho, ahora no es el momento para contarle mi vida, nos esperan muchas horas de vuelo —espetó Paco a modo de respuesta.

Un pequeño Airbus 320 de Iberia los estaba esperando en la pista. El frío no solo le calaba los huesos a Paco Benítez, también al inspector a razón del insistente tintineo de sus dientes.

Llegaron al aeropuerto de Las Palmas a la siete y cuarto de la mañana. Se bajaron del pequeño avión y esperaron a nivel de pista. A pesar de la hora y de estar a primeros de noviembre, la temperatura de Las Palmas era muy distinta a la de Madrid, mucho más suave y templada. Paco se alegró en el fondo de volver a pisar Las Palmas y esa sensación tuvo su reflejo en una amplia sonrisa de satisfacción y, sobre todo, de complicidad interior por tantos recuerdos que aquel olor a mar, aquella brisa que le acariciaba la cara, le traían a la memoria. Respiró profundamente y emitió un leve e inapreciable suspiro. Eso pensaba él, porque enseguida aquel suspiro tuvo su reacción en el mando que tenía junto a él.

—Echando de menos su tierra, ¿no, Benítez?

—Un poco, no le voy a engañar inspector.

—¿Y quién es el idiota que no echaría de menos algo así? —dijo mirando a su alrededor—. ¡Mire! —Exclamó, señalando con la cabeza—. Creo que vienen por ahí.

Una pequeña “jardinera” llegaba por la izquierda. Los nervios de Paco se acrecentaron y tuvieron su repercusión en el exterior, de manera que sus pies comenzaron a moverse repetitivamente de un lado a otro.

—No se preocupe, Benítez, estos son inofensivos, a uno de ellos no ha hecho falta insistirle mucho, prácticamente se va de manera voluntaria. No habrá problemas.

—Eso espero.

La “jardinera” se paró justo en frente de ellos y se abrió la puerta delantera. El inspector Segura se adelantó para subir el primero, y le hizo un gesto con la cabeza a

Paco indicándole que hiciera lo mismo sin falta. Ya dentro del autobús, el conductor volvió a cerrar la puerta y se pusieron en marcha inmediatamente. En lo primero que se fijó Paco fue en las dos cabezas oscuras que destacaban de las demás. Eran dos marfileños fuertes, recios e indefectiblemente altos por la forma en la que sus caras asomaban por encima de los respaldos de los asientos delanteros, en comparación con las de los policías que iban a su lado. Detrás de ellos, y con los chalecos reflectantes ya colocados —al igual que los policías—, iban dos hombres más.

Caminaron por el pasillo central, hasta llegar a ellos. Tras los saludos y las presentaciones de rigor, el inspector Segura comenzó a hablar con el Jefe del Operativo, el oficial Gallardo, de la conveniencia de usar o no los chalecos reflectantes por el hecho de viajar en un vuelo regular. Al final se decidió dejárselos puestos hasta nuevas órdenes de la propia tripulación del avión. En ningún momento los marfileños levantaron la cabeza para fijarse en ellos, ambos miraban por las ventanillas con tristeza contenida.

La “jardinera” se detuvo. Un enorme aparato volador los esperaba en la pista. Royal Air Maroc había escrito en letras rojas en el fuselaje del avión. El inspector Segura y el Jefe del Operativo dieron las últimas indicaciones.

—No quiero tonterías ni bromitas ni paseos por el pasillo del avión y, mucho menos, que os quedéis dormidos. ¡Entendido! Ya sabéis lo que tenéis que hacer —gritó el inspector Segura mirando alternativamente a los tres escoltas.

El Jefe del Operativo asentía con la cabeza a cada palabra del inspector.

—Nosotros vamos a estar allí —aseguró el oficial Gallardo—, pero vosotros sois los responsables de la seguridad de estos dos hombres —señaló con el dedo a los marfileños—. Son muchas horas, así que pongamos todos de nuestra parte.

Los dos escoltas se levantaron y con ellos los marfileños que iban maniatados con una especie de funda de rejilla negra, manteniendo sus manos unidas y sujetas alrededor de la cintura a la altura del abdomen. El Jefe del Operativo sacó una bolsa azul marino con el logotipo de la policía de debajo de un asiento y se lo ofreció a Paco.

—Las medidas coercitivas, ya sabe... —dijo con un hilo de voz—. Guárdela debajo de su asiento para tenerla a mano, por si las moscas.

Paco volvió a observar a los marfileños, advirtiendo de la inconveniencia de aquella frase.

Antes de bajar de la “jardinera” tuvieron que volver a identificar y a cachear a los dos inmigrantes que iban a ser expulsados fuera de España. Los otros dos escoltas servían a Paco Benítez de guía de lo que había que hacer. A media legua se podía saber que para ellos no era la primera vez que hacían algo así por la indiferencia con la que realizaban aquellos actos tan denigrantes para los marfileños. Aun así, Paco hizo lo mismo que hacían sus dos compañeros, aunque con menos frialdad, algo más de delicadeza y un buen nudo en la garganta. Gracias a la identificación supo cómo se llamaba cada uno. Essien y Said seguían sin mirar directamente a los ojos.

Se bajaron del autobús para subir al avión por la parte trasera. Los tres escoltas con los dos expulsados subieron los primeros, seguidos del resto del operativo. El avión estaba vacío, aún no había entrado ningún pasajero. Los recibió el comandante y cuatro auxiliares de vuelo. El comandante, efectivamente, los conminó educadamente a quitarse los chalecos reflectantes y a retirarles a los inmigrantes los lazos inmovilizadores de las manos para no alertar al resto del pasaje.

El avión disponía de dos filas laterales con tres asientos cada una, y una central con cuatro asientos. El inspector Segura, el médico y el ATS siguieron andando por el pasillo del avión. El oficial Gallardo se quedó con los escoltas en la parte trasera

mientras les indicaba cómo tenían que sentarse. Antes de irse les ordenó que, una vez acomodados en sus asientos, les retirasen a los expulsados las ataduras de las manos.

De esa forma, Paco Benítez se sentó junto a Said en la fila de la derecha, quedando este en el asiento interior y Paco en el asiento que daba al pasillo. Al otro marfileño lo sentaron en la fila central y a ambos lados los otros dos escoltas. Una vez acomodados en sus respectivos asientos, inmediatamente y siguiendo las indicaciones del Jefe del Operativo, Paco le dejó a Said las manos libres.

—Mejor así, ¿verdad? —se atrevió a susurrarle.

—Gracias —contestó Said, muy educado, en un perfecto español.

Paco se quedó observando al hombre que tenía al lado unos segundos, el tiempo suficiente para darse cuenta de que era completamente inofensivo. No supo exactamente qué vio en su rostro para tener el presagio de que Said no le causaría problemas durante el vuelo. Paco miró también en su interior y lo que vio le hizo estrujar entre sus manos esa tela negra que unos momentos antes sujetaba las del hombre que estaba a su lado. Su intención era esconderla para que no estuviera a la vista ni de él ni de nadie, por lo que tiró de la bolsa que había metido debajo de su asiento, y que contenía el resto de las prendas coercitivas, y la introdujo en su interior con brusquedad.

Said tenía la cabeza girada hacia la ventanilla pero lo cierto es que sus ojos no miraban para ningún sitio. Paco sintió la necesidad de hablar con él, de mitigar con su conversación el mal que lo aquejaba, tranquilizarlo si es que estaba nervioso, animarlo de alguna manera si es que sentía tristeza..., reconfortarlo con su presencia. Pensó que sería bueno en ese tenso momento, tanto para él como para el inmigrante, conversar y, de esa manera, que le sintiera cercano, que notara que él no estaba allí para hacerle más daño sino para ayudarlo. Así que decidió comenzar una conversación, en un principio banal.

—La última vez que me subí a un avión fue hace cinco meses, ¿sabes? Pero no me llevo a acostumbrar del todo a esto. Eso de no tener los pies en el suelo...

Said giró la cabeza pero sin llegar a mirar a Paco directamente a la cara.

—Precisamente partí de aquí, de Las Palmas. Fueron solo unas dos horas hasta Madrid —Paco se encogió de hombros—. Esta vez tengo tiempo de acostumbrarme, son muchas horas dentro de este aparato —volvió a mirarlo y le preguntó directamente—: ¿A ti te da miedo?

Said contestó que no con un ligero movimiento de cabeza.

—¡Uff! ¡Qué bien! El caso es que miedo..., lo que se dice miedo como tal, no es. Es un cosquilleo que me entra en el estómago y hace que se me encoja, pero... bueno, solo me ocurre durante el despegue.

El interés de Paco porque se sintiera más cómodo a su lado le hizo continuar con el monólogo.

—Pues... ahora nos vamos a hartar porque nos esperan más de once horas por delante entre esperas en los aeropuertos, vuelos y transbordos, aunque este aparato parece cómodo, ¿verdad? Por cierto, me llamo Paco —dijo tendiéndole la mano disimuladamente para que no le vieran sus compañeros por si reprimían de algún modo su conducta.

Said miró la mano tendida del policía que iba a su lado sentado. Aquel gesto de cortesía no lo esperaba y tardó en reaccionar unos segundos; aun así, Paco no bajó la mano hasta que su acompañante se decidió finalmente a ofrecerle la suya.

—Tú eres Said, ¿verdad? Said Salek, suena bien. Es un nombre sencillo y fácil de recordar. Tu compatriota tiene nombre de futbolista. —Paco giró la cabeza hacia Essien, el otro inmigrante que iba sentado junto a los otros dos escoltas en el pasillo central, y volvió a mirar a Said para preguntarle—: ¿Te gusta el fútbol?

En ese momento, se escuchó ruido y movimiento en la parte delantera del avión. Paco se alertó y, al asomarse al pasillo, vio que dos azafatas de vuelo se acercaban. Una de ellas les explicó que estaba ya embarcando el resto del pasaje y que en quince o veinte minutos despegarían rumbo a Casablanca donde harían escala.

La conversación —o, mejor dicho, el monólogo— se detuvo durante esos quince o veinte minutos, entre otras cosas porque había demasiado murmullo en la cabina y porque la auxiliar de vuelo se quedó de pie en el pasillo, justo a su altura, impidiendo el paso de los pasajeros más allá de ese punto.

El aparato despegó sin problemas. Said tenía la cara descompuesta pero se mantuvo íntegro y tranquilo en todo momento a pesar de ser su primer vuelo. Su silencio y su actitud sumisa conmovían a Paco Benítez hasta tal punto de llegar a pensar que aquello que estaban haciendo no estaba nada bien.

El silencio fue roto por las primeras palabras de Said.

—Sí, me gusta mucho.

Paco se quedó parado, no supo en ese momento dónde encajar esa respuesta, a qué pregunta de las que le había formulado correspondía. Said no tardó en sacarle de dudas.

—El fútbol. Me gusta mucho el fútbol.

Aquella respuesta fue el revulsivo que Paco necesitó para seguir preguntando e indagando en la vida del hombre que tenía al lado.

Los otros dos escoltas, que iban junto al otro marfileño en la fila de al lado, lo miraban de vez en cuando. Entonces Paco bajaba la voz, un gesto que Said reconoció como un guiño de confianza por parte del policía que iba a su lado sentado. Aun a riesgo de que le sancionaran o, en el mejor de los casos, que reprocharan su comportamiento y su actitud demasiado amistosa con el inmigrante, continuó la

conversación atraído por una fuerza misteriosa que gritaba dentro de él que siguiese preguntando y escuchando todo lo que aquel hombre le quería contar.

—¿Te puedo preguntar cuánto tiempo hace que te viniste para España?

—Un año —respondió después de un profundo suspiro.

Paco miró a aquel joven que tenía al lado detenidamente, un hombre fuerte, valiente sin duda, y se dio cuenta del porqué de su parquedad: sus ojos estaban a punto de estallar en lágrimas; su boca, apretada, vibraba al compás de la pena y la impotencia en ese momento. Es difícil mantener la compostura y permanecer estoico en un momento así. Paco Benítez, un policía con varios años en la profesión, que siempre había actuado con total indiferencia en situaciones más problemáticas donde los sentimientos hacia la persona sobre la que se actúa se ven implicados, que había hecho un ejercicio mental imaginándose ese tipo de situaciones con frialdad, dejando fuera del avión el afecto y la empatía, como le enseñaron, como les recomendaron a todos los que un día decidieron convertirse en escoltas de repatriados, no pudo en ese momento reprimir el deseo de escuchar, de entender el porqué de todo aquello.

—Tranquilo, Said —masculló.

Ahora era Paco el que respiraba profundamente. Puso su mano sobre la de Said para transmitirle la serenidad que necesitaba y que, de otra manera, no pudo expresarle en ese instante, y se puso a escuchar.

—Ya ha terminado todo —comenzó Said entre dientes, mirando por la ventanilla—. Lo poco que construí en España se ha derrumbado. Ahora voy a cerrar el círculo que abrí con mi llegada. Nunca debí abrirlo... no de esta manera.

—¿Te arrepientes de haber hecho lo que hiciste?

—Tú no sabes lo que hice.

—Cuéntamelo.

Said se quedó en silencio, alternando la vista entre las palmas de sus manos y el paisaje que veía por la ventanilla, hasta que pudo deshacer el nudo que se estaba gestando en su garganta y que le impedía continuar la conversación.

—¡Me jugué la vida en el mar! —Exclamó con lágrimas en los ojos—. No, no me arrepiento de haberlo intentado, me arrepiento de cómo lo hice.

—¿Lo volverías a hacer?

El silencio se hizo entre ellos durante unos segundos. Said tragó saliva, se mordió el labio superior con fuerza. No le contestó a la pregunta.

—Es difícil encontrar una solución... —comentó Paco.

—¿Solución? La solución no está aquí, en tu país. La solución está en el mío. No se habla de que ningún europeo haya llegado a África en cayuco pero al revés sí ¿verdad? No, vosotros no tenéis esa necesidad. La solución no está en impedir que llegemos a vuestras costas porque lo vamos a seguir haciendo. La solución está en preguntarse por qué lo hacemos a pesar de todo, por qué nos jugamos la vida atravesando el desierto o navegando durante días en una pobre embarcación pesquera. ¿Sabes dónde está la solución? La solución está en impedir la ley de la selva, la impunidad y la corrupción de los dirigentes políticos de muchos países de África a costa de los pobres. Ellos se llenan los bolsillos mientras el pueblo se muere de hambre.

Said se quedó en silencio nuevamente. Paco no se atrevió ni a toser para no interrumpir su alegato. Bajó la cabeza y continuó escuchando a aquel hombre de piel negra que hablaba español perfectamente y se expresaba con soltura.

—En mi país vivía bien. Tenía proyectos de futuro, esperanzas, sueños... Soñaba con venir a España algún día, por eso aprendí el español, ¿sabes? —Dijo con una sonrisa en los labios—. Pero bueno, no quiero aburrirte con mi vida.

—No me aburres, Said. Quiero conocer los motivos por los que arriesgaste tu vida, quiero entender de una vez todo esto. Y, qué diablos, nos quedan muchas horas por delante.

—No tenía que haber venido... no así —volvió a decir, esta vez, mirando por primera vez a Paco a los ojos.

Es curioso cómo alguien puede convertirse involuntariamente en vehículo transmisor de una historia, cómo puede incluso llegar a formar parte de ella y pasar de mero receptor de un cuento a actor —aunque solo sea con un papel secundario— del mismo. Y solo por escuchar con el corazón, solo por oír, más allá de las palabras pronunciadas, los lamentos del corazón, los susurros del alma.

Los oídos de Paco fueron las manos que soportaron el peso de una historia de dolor, injusticias y desigualdades. Paco Benítez continuó escuchando cada palabra en silencio, con una estoicidad abrumadora, a pesar de que cada una de ellas se convertía en una lanza directa al corazón.